



PRIMER DIÁLOGO.

LA VISION.

El Coliseo; las ruinas.—Roma pagana y Roma Cristiana.—Caidas de los imperios y metamorfosis de la historia.—El autor aislado en medio de las ruinas, se trasporta mentalmente hácia los antiguos periodos de la humanidad.—Principios del perfeccionamiento de la raza humana.—Cuadro del progreso histórico.—Naturaleza del alma; la vida terrestre ante la vida eterna.—Viaje estático por los plauetas.—Los habitantes de Saturno.—La pluralidad de mundos y la pluralidad de existencias.

Los diálogos filosóficos que aquí comienzan, reconocen como origen un viaje por Italia y una temporada en Roma. La época de este viaje no interesa en nada para las cuestiones generales que van á ser discutidas; diré, sin embargo, que mi estancia en Roma, data de los años 1814 y 1818. Residí allí durante el otoño y el invierno de estos dos periodos. La Ciudad eterna estaba entonces animada por una sociedad numerosa y vária,

lo cual por lo demás constituye desde hace largo tiempo el carácter habitual de esta metrópoli del viejo mundo cristiano. Se encontraban en ella cierto número de extranjeros instruidos, y entre ellos, dos ingleses distinguidos, cuya residencia en dicha ciudad, tenía una razón de ser de mas importancia que la de una simple negligencia ó una vaga curiosidad. Entre aquellos compatriotas, mencionaré dos hombres de un mérito particular, con los que no tardé en tener una intimidad afectuosa y que me acompañaron frecuentemente á las visitas que hice á los monumentos del esplendor de la antigua Roma y á las obras maestras del arte antiguo ó moderno. Designaré uno de mis compatriotas bajo el nombre de Ambrosio: era un hombre de un gusto bien cultivado, alta erudición clásica y que poseía profundos conocimientos históricos. De todo corazón pertenecía á la Iglesia romana, pero era de una escuela liberal, y en el último siglo hubiera podido, por sus disposiciones individuales, ser el secretario de Ganganelli (1). Sus juicios sobre política y religion eran tolerantes; pero se

(1) Clemente XIV, que nació en 1705, fue elegido papa en 1769, y murió en 1774; pontífice prudente y sabio, al que se debe, como es sabido, el breve *Dominus ac redemptor* (21 de julio 1773), que á petición de Francia, España y Austria, suprimió la orden de los Jesuitas.

inclinaba mas bien hácia el poder de un solo magistrado que hácia la autoridad de la democracia y aun de la oligarquía. Era, en una palabra, católico y realista.

Mi otro amigo, al que llamaré Onofre, era de un carácter muy diferente: perteneciendo á la aristocracia inglesa conservaba algunas de las preocupaciones que por lo general van unidas á la cuna y á la categoría; pero sus maneras eran agradables y su carácter escelente y dispuesto á la benevolencia. Habiendo sido educado en parte, en una universidad del norte de la Gran Bretaña, habia adoptado en materia de religion, ideas que iban aun mas allá de la tolerancia y podian ser miradas como frizando en el escepticismo. Era un protestante independiente, si me es dado calificarle así. Para ser patricio era verdaderamente liberal en sus opiniones políticas; de imaginacion poética y expansiva; de gusto depurado y de tacto tan estremadamente delicado, que por su escelencia se asemejaba de vez en cuando á una especie de sensibilidad mórbida que le impresionaba de las mas ligeras faltas, haciéndole mucho mas sensible á las perfecciones que pasan inadvertidas ó se miran con indiferencia por la generalidad de los hombres.

Un dia, á principios de octubre, y en una hermosa tarde, me hice conducir, en compañía de estos dos amigos al Coliseo, monumento que no me cansaba de con-

templar. Cuando nos encontramos en medio de estos vestigios del pasado, nos comunicamos mutuamente las diversas ideas que nos inspiraban. En breve se entabló sobre este asunto una conversacion del todo especial, que es la que vamos á referir ahora.

«¡Cuanta impresion nos causan estas ruinas! decia el noble patricio Onofre; qué ideas nos inspiran del olvidado poder de los romanos de otra época! ¡qué magnificencia en la idea, y cuanta grandeza en la ejecucion! Si no poseyéramos los documentos históricos que nos dan á conocer el periodo durante el cual fué elevado este edificio, y el objeto para que se hizo, se creeria ver la obra de una raza de jigantes, algo como el salon de consejo de aquellos Titanes de quienes se cuenta haber combatido contra los dioses de la mitología pagana. El volúmen de las masas de travertino (1) de que está compuesto, está en armonía con la inmensidad del edificio. Ante tales vestigios ¿como admirarse de que un pueblo que construia obras semejantes para sus placeres y sus juegos de cada dia, haya poseido la fuerza, la infatiga-

(1) El travertino es una piedra de la densidad del mármol que se encuentra con preferencia en Italia y que ha servido para la construccion de un gran número de edificios romanos. El autor explicará su formacion geológica al mismo tiempo que la de otros baneos de piedra en el tercer diálogo de esta obra.

ble energía y la perseverancia suficientes para hacerse capaz de la conquista del mundo? Los romanos, parece haber formado siempre sus planes y establecido sus combinaciones, como si su poder hubiera debido estar fuera del alcance de los acontecimientos, independiente de la influencia del tiempo y fundado para una duracion sin límites — para la eternidad.»

A estas ideas, á esta retrogradacion del pensamiento hácia el poder romano replicó Ambrosio en los siguientes términos: «El aspecto de este maravilloso monton de ruinas es tan pintoresco, que es imposible lamentar su estado de decadencia. En esta época del año, las tintas de la vegetacion están en armonía con las de estas espesas murallas desmanteladas. ¡Cómo se adapta todo el paisaje bajo el mismo colorido! Los restos del palacio de los Césares y de las doradas salas de Neron, aparecen allá abajo en lontananza. Se creeria que sus torres grises y desplomadas, y que estos arcos antiguos cubiertos de musgo, están sostenidos por una vegetacion tambien en decadencia. Allá nada denota la existencia de la vida, á no ser algunos piadosos devotos que vagan de estacion en estacion sobre esta arena, arrodillándose ante la cruz, y demostrando á nuestro siglo el triunfo de una religion que sufrió, en este mismo lugar, en el primer periodo de su existencia, una de las mas severas persecuciones, y que, sin embargo, ha estendido, des-

pues, sin proteccion sobre los restos de este edificio, en mitad del cual se pretendió ahogarla en su nacimiento. En efecto, sin la influencia del cristianismo, estas magestuosas ruinas hubieran sido envueltas en el polvo. Despues de haberse visto despojar de sus plomos y sus hierros, por los bárbaros, godos y vándalos, y hasta arrebatadas sus mismas piedras por los príncipes romanos (los Berberini), deben lo que les resta de sus reliquias, á la santificante influencia de esta fé que ha preservado para el mundo, todo lo que era digno de él; fé sublime á la que debemos no solo artes y literatura, si no tambien las virtudes que constituyen la naturaleza progresiva de la inteligencia, y aquellas instituciones que han creado en la civilizacion cristiana, la condicion moral de la felicidad en este mundo y la esperanza de una inmortalidad feliz en el otro.

Perteneciendo á la fé de Roma, puedo añadir que la conservacion de este monumento, por el sagrado efecto de algunas cruces plantadas acá y allá, es en cierto modo milagroso. ¿Qué contraste no ofrece el estado actual de este edificio unido á nuestros sentimientos religiosos ante Roma, y á nuestras fervientes esperanzas con su antiguo destino cuando servia para dar por espectáculo al pueblo romano la destruccion de los hombres por bestias salvajes, ó por hombres mas feroces todavia; cuando este vasto anfiteatro tenia por mi-

sion dar al instinto de la crueldad una horrible fiesta, fundada en una codicia mas detestable aun, la de la dominacion universal? ¿Y quién hubiera podido sospechar en tiempo de Tito que aquella fé menospreciada en su humilde origen y perseguida á causa de la supuesta oscuridad de su fundador y á causa de sus principios, llegaría un dia en que elevara un templo á la memoria de uno de sus mas humildes apóstoles, templo mas glorioso que todos los que fueron elevados en el antiguo mundo, á la gloria de Júpiter y Apolo? ¿Quién hubiera creído que esta fé preservaría hasta las ruinas de los templos de las divinidades paganas; que resplandecería en el esplendor y la magestad, consagrando la verdad entre los monumentos del error, haciendo servir los ídolos de la supersticion romana al fin mas sagrado y elevando una brillante y perpétua luz en la noche sombría y sin estrellas que siguió á la destruccion del vasto imperio?»

Despues de estas católicas palabras, Onofre que habia hablado el primero, quiso espresar sus impresiones con mayor independencia. «Mis miras, sobre este asunto, dijo, son menos elevadas que las que nuestro amigo Ambrosio acaba de esponer, con elocuente espresion. La conservacion de estas ruinas, acaso sea debida, en parte á las causas que acaban de ser descritas; pero estas causas no han empezado á obrar hasta hace poco y el

mundo romano se arruinaba ya antes del establecimiento del cristianismo en Roma. Pensando de muy diferente manera acerca de estos puntos, admiro estas venerables ruinas, mas bien como un archivo de la destruccion del poder del pueblo mas grande que existió jamás, que como una prueba del triunfo del cristianismo; y me dejo arrastrar por una prevision melancólica hácia la época en que este magnífico templo de San Pedro estará tambien en un estado semejante al de este Coliseo; en que sus ruinas serán quizá protegidas tambien por la santa influencia de alguna fé nueva y desconocida; en que acaso la estatua de Júpiter, que al presente recibe el beso de los devotos que ven en ella la imagen de San Pedro, será consagrada á algun otro uso: á la personificacion de un santo ó de un dios del porvenir; hácia la época, en fin, en que los monumentos de la magnificencia pontifical, serán sepultados bajo el mismo polvo que cubre hoy la tumba de los Césares!

Tal es, continuó, lo confieso con pena, la historia general de todas las obras é instituciones que pertenecen á la humanidad. Se elevan, florecen, se marchitan y caen; y el periodo de su declinacion es generalmente proporcionado al de su encumbramiento. En la Tebas y la Menfis de otro tiempo, el genio propio del pueblo ha esculpido su grandeza en monumentos que nos permiten hoy juzgar sus artes, pero que no nos permiten co-

nocer la naturaleza de sus supersticiones. Los vestigios de Babilonia y Troya están casi enteramente desvanecidos y lo que conocemos de estas célebres ciudades, procede de sus anales literarios. Contemplamos á la antigua Grecia y la antigua Roma en los diseminados restos de sus monumentos, y tiempo vendrá en que la Roma moderna, será lo que ahora es la antigua.

«La antigua Roma y la antigua Atenas descendrán á la nada como Tiro y Cartago; no se reconocerá su emplazamiento, sino por el polvo ó la coloreada arena del desierto, encerrando restos de ladrillos y vidrios, acaso bañados por la ola de un mar tempestuoso. Podria proseguir estos horizontes y probar que la madera de la cruz, como el bronce de la estatua, caen con tanta velocidad como si no hubieran sido santificados; y creo que seria fácil probar que su influencia de un todo imaginaria llega á ser nula y sin efecto apreciable, cuando se le coloca frente al infinito del tiempo, ó aun solamente ante el curso de los siglos. El resultado es el mismo, ya sea la fé, de Osiris, de Júpiter, de Jehovah ó de Jesus.»

Esta manifestacion independiente, no podia ser agradable al muy cristiano Ambrosio. Asi es que replicó al punto (mostrando en su fisonomía y en el tono de su voz alguna emocion): «Pienso, Onofre, que no examináis esta cuestion con vuestra sagacidad y delicadeza acos-

tumbradas. Nunca os he oído hablar sobre motivos de religion, sin experimentar una verdadera pena (y aun añadiré un sentimiento de disgusto) al ver que no aplicais vuestra poderosa inteligencia á un exámen mas atento y mas exacto de las pruebas de la religion revelada. Habriáis visto entonces en el nacimiento, el progreso, la elevacion, la declinacion y la caida de los imperios de la antigüedad, testimonios de que su objeto definitivo se absorbía en el plan de la redencion del hombre; hubiérais encontrado profecías que se han realizado plenamente. La fundacion ó la ruina de un reino, que parecen ser tan grandes acontecimientos en la historia civil, llegan á ser insignificantes en la historia del hombre, bajo el punto de vista de sus instituciones religiosas; habriáis observado que el establecimiento del culto de un Dios único, en el seno de un pueblo menospreciado y condenado, es el punto mas importante de los archivos del mundo primitivo; habriáis visto, por último, que el cristianismo se levanta naturalmente del judaismo y que las doctrinas del paganismo prepararon el triunfo y el establecimiento final de una creencia adaptada al estado mas ilustrado del espíritu humano, asi como á cada clima y á cada pueblo.»

A esta animada réplica de Ambrosio, su interlocutor contestó con el tono mas tranquilo del mundo y con la flemma que ha llegado á ser clásica en los filósofos de su

raza: «A mi modo de ver, os equivocais, mi querido amigo, si me considerais como hostil al cristianismo. No soy ni de la escuela de los enciclopedistas franceses, ni de la de los ateos ingleses. Considero la religion como esencial al hombre y como perteneciente al carácter del espíritu humano, de la misma manera que el instinto pertenece al reino animal; es una antorcha de revelacion, si asi lo quereis, que el hombre ha recibido para guiarle en la oscuridad de esta vida, y para guardar viva su inestinguible esperanza de inmortalidad. Mas perdonadme si considero este instinto como igualmente útil en sus diferentes formas, y como necesariamente divino, cualquiera que sean el medio, las nebulosidades, las pasiones ó las preocupaciones, al través de las cuales pase. Lo reverencio en los discípulos de Brahma como en los musulmanes, y me admiro de la variedad de formas que reviste en el mundo cristiano. No debeis reprehenderme por no admitir la infalibilidad de nuestra Iglesia, pues fui educado por padres protestantes adheridos á las doctrinas de Calvino.»

Vi la fisonomía de Ambrosio enardecerse al escuchar esta particular profesion de fé; parecia meditar una respuesta severa. Traté inmediatamente de volver la conversacion al punto del Coliseo, en que habia empezado. «Estas ruinas, dije, que habeis observado, están llenas de elocuencia; no obstante, cuando las vi por

primera vez, produjeron en mi imaginacion un efecto mucho mayor que hoy. ¿Era el encanto de la novedad? ¿Era mi alma mas impresionable? ¿Acaso las circunstancias, bajo cuya influencia las contemplaba, eran extraordinarias? Lo ignoro; pero es probable que todas estas causas obraran al mismo tiempo sobre mi alma. Aquel cuadro no se disipará nunca de mi pensamiento, y os pido permiso para recordarlo.

Era una bella y tranquila tarde de fines de mayo; los últimos rayos del sol se apagaban en el Occidente, y los primeros de la luna aparecian por Oriente; brillantes tintas anaranjadas esparcian su luz sobre las ruinas; y las nieves que blanqueaban todavía la cumbre de los Apeninos, como si hubiesen estado iluminadas, se veian á lo lejos desde las alturas del anfiteatro. En este núcleo de colores, el verdor de la primavera, bastante avanzada, suavizaba las tintas grises y amarillentas de las destruidas piedras, y á medida que los últimos resplandores se debilitaban gradualmente, las masas se agrandaron y aparecieron gigantescas. Cuando por completo fue desvaneciéndose el crepúsculo, el contraste de la luz y la sombra, al través de los rayos de la luna llena y bajo un cielo de brillante zafiro, pero tan iluminado, que únicamente Júpiter y algunas estrellas de primera magnitud eran visibles; este contraste, repito, dió á la escena una solemnidad y una magnificencia dignas de escitar

hasta el mas alto grado la emocion que llaman tan justamente el sentimiento de lo sublime. La belleza, la inmutabilidad de los cielos y la gran ley de la conservacion que caracteriza el sistema del universo, las obras del arquitecto divino y eterno, estaban en contraposición á las obras mortales y perecederas del hombre, en su estado mas activo y poderoso. En este momento, la condicion de los seres mas eminentes de la tierra, me pareció tan humilde, su reunion tan efimera, el espacio que ocupan tan infinitamente pequeño y el tiempo, en cuyo seno se agitan, tan corto, que no pude impedir que mi imaginacion comparara las generaciones y los efectos del talento y del poder humano, á enjambres de luciérnagas y moscas fosforescentes que, danzando alrededor, me parecian voltear centelleantes en la sombra y oscuridad de las ruinas, y desaparecer, cuando se elevaban por cima del horizonte, perdiendo su débil elasticidad y casi desapareciendo entre los rayos lunares que llenaban el espacio.

—Vuestro cambio de conversacion no me desagradó, contestó Onofre. Habeis despertado interesantes recuerdos y espresado sinceramente sentimientos solemnes aunque humillantes. En horas tales y en semejantes escenas, es imposible no conmoverse al contemplar la nada de la gloria humana y de nuestras obras transitorias. Este monumento, uno de los mas grandes que se

elevan en la superficie de la tierra, fue edificado por un pueblo, entonces señor del mundo, hace apenas diez y siete siglos. Algunos mas, y se verá reducido á polvo. De todos los testimonios de la vanidad ó del poder humano, que hayan sido elevados ya para inmortalizar su nombre, ó ya para encerrar sus ignorados restos, ninguno podria reclamar una duracion mayor á la de cien generaciones; basta, por ejemplo, multiplicar por ciento la vida humana, para que los vestigios de un pueblo y los sepulcros de un viejo cementerio, sean una imágen fiel de la muerte de las naciones mismas.»

Ambrosio, al que disgustaba sin duda la conversacion, nos recordó la invitacion que habia recibido para pasar la velada en casa de una célebre dama, y propuso llamar el coche. El sol acababa de ocultarse; el espectáculo silencioso que me rodeaba y mis recuerdos, me sugerian reflexiones que me disponian poco para la sociedad. Les rogué que no dejaran de asistir á la invitacion; pero, les añadí, que tenia la intencion de pasar una hora en la soledad de las ruinas, y les supliqué únicamente que volvieran á enviarme el coche. Hicieron votos para que mi fantasía poética y melancólica no degenerase en un buen resfriado, y me dejaron deseándome la compañía de algunos espectros de los antiguos romanos.

Quando quedé solo, me senté, á la claridad de la

luna, en uno de los escalones que conducen al sitio en que se supone haber estado los asientos de los patricios, cuando asistieron á los juegos públicos del Coliseo. La serie de ideas á que estaba entregado, antes de la marcha de mis amigos, prosiguió su curso, con una energía y una lucidez, que el silencio y la soledad de la escena aumentaron. La luna llena, que obra siempre, segun creo, con una influencia especial sobre esta clase de sentimientos, les dió aquel género de estravagancia y de incierta sensacion, que supongo como característicos del verdadero temperamento poético en todos los tiempos.

... Preciso es que así sea, pensaba en mi interior; ninguna ciudad se edificará ya sobre las dobles ruinas de ésta; ningun nuevo imperio se fundará sobre estos restos gigantescos de la gloria de los antiguos romanos. El mundo, como el individuo, florece en la juventud, se eleva en la fuerza de la edad, y cae con la vejez en decadencia; y las ruinas de un imperio simulan las formas decrepitas de un individuo, con la diferencia de que estas ruinas conservan ademas algunos restos de belleza con los que la naturaleza las gratifica. El sol de la civilizacion se elevó en el Oriente, avanzó su carrera hácia el Occidente, y se encuentra hoy en su meridiano. Es probable que dentro de algunos siglos se le vea descender detrás del horizonte, hácia el lado del nuevo mundo; la oscuridad envolverá las regiones que fueron ilumina-

das por una brillante luz; desiertos de arena sustituirán á las populosas ciudades, y allí donde resplandecen los campos dorados de pesadas espigas y verdes praderas, en las que pacen abundantes rebaños, se verán estenderse solitarios pantanos.

De esta naturaleza eran las imágenes que evocaba mi pensamiento.

—El tiempo que purifica, y por decirlo así, santifica al pensamiento, decia para mí, destruye y arrastra al cuerpo en una completa decrepitud; hasta en la naturaleza aparece su influencia siempre degradante. Los poetas le representan como dotado de una eterna juventud; pero entre estas ruinas no veo en él sino caducidad, y no distingo señales de renovacion.

Apenas habia terminado esta frase en la imaginacion, cuando mi delirio se hizo mas profundo; las ruinas que me rodeaban parecieron desvanecerse ante mis inciertas miradas; la luz de la luna, se hizo mas intensa y su argentado disco pareció esparcir un rio de luz. Al mismo tiempo que mi vista se encontraba afectada tan singularmente, sonidos melodiosos llenaron mis oidos con una dulzura exquisita, y sin embargo, con un tono mas enérgico y mas profundo que la mas perfecta y mas armoniosa melodía, que pudiera haber oido jamás. Parecia que acababa de entrar en una nueva existencia y me encontraba tan completamente abandonado á la nueva

especie de sensacion que experimentaba, que perdí todo recuerdo y hasta la conciencia de mi identidad.

De repente la música cesó, pero la brillante luz continuaba envolviéndome, y oí una voz dulce, baja y á pesar de esto bien distinta, que parecia salir del centro de la claridad. Los sonidos ofrecian al principio el timbre musical de los de un arpa; pero bien pronto se hicieron *articulados*, como si hubiesen preludiado alguna sublime composicion poética. «Tú eres, como todos tus hermanos, dijo esta voz desconocida, ignorante en un todo de lo que constituye tu propia naturaleza; ignorante del mundo en que habitas, de tus destinos futuros y del plan del universo; y sin embargo, tienes la locura de creer que conoces el pasado, el presente y el porvenir. Yo soy un espíritu no encarnado, superior algunos grados á tí, aunque hay millones de seres tan superiores á mí en poder é inteligencia, como lo es el hombre respecto del mas humilde y mas débil reptil que se arrastra á sus pies. Yo puedo enseñarte algo. Deja que tu alma se abandone por completo á la influencia que ejerceré sobre ella y de esa manera verás corregido y aclarado rápidamente tu modo de considerar la historia del mundo terrestre y el sistema celeste que habitas.»

La deslumbradora luz se eclipsó en este instante; la voz dulce y armoniosa, que era la única manifestacion de la presencia de una inteligencia superior, cesó de

oírse. Me encontré sumido en la oscuridad y el silencio; y pronto me pareció que iba trasportado por una corriente de aire, sin experimentar mas sensación que la de atravesar con rapidez el espacio.

Mientras estaba aun en movimiento, una claridad poco distinta, como la del crepúsculo en una mañana lluviosa, ocupó el campo de mi vision, y poco á poco fuí notando que una anchurosa campiña cubierta de selvas y lagunas se desarrollaba ante mí. Observé multitud de animales pastando en el seno de estensas llanuras, y fieras, como leones y tigres, que acudían á atacarlos y devorarlos. Ví salvajes desnudos que se alimentaban con el fruto de las selvas y devoraban crustáceos, disputarse á palos los restos de una ballena arrojada en la playa. Observé que no tenían habitación alguna, y que se ocultaban en cavernas ó se abrigaban bajo las palmeras. Los dátiles y las bayas de cacao, eran el único alimento agradable que parecia haberles dado la naturaleza; estos frutos estaban en corta cantidad y por lo mismo, eran codiciados. Reconocí que cierto número de estos desgraciados seres humanos, que habitaban el vasto espacio desplegado ante mis ojos, tenían armas, guarnecidas de sílice (1) ó de espinas de

(1) Parece que Sir Humphry Davy previó los recientes descubrimientos de la edad de piedra y de las cavernas, á la que sucedió la

peces. De estas armas se servían para matar las aves, los cuadrúpedos y peces con que se alimentaban, sin prepararlos por la coccion. Su mas preciado alimento parecia ser ciertos gusanos ó larvas que buscaban con suma paciencia en los retoños de las palmeras.

Cuando mis miradas se fijaron en los diversos aspectos de esta escena melancólica, alumbrada ó la razon por el sol nascente, volví á oír la misma voz que me habia sorprendido en el Coliseo.

Me decia: «Contempla el nacimiento de los tiempos. Considera al hombre recién-creado, lleno de juventud y de vigor. ¿Admiras ó envidias algo de este estado?»— Apenas fueron dichas estas palabras cuando fuí de nuevo llevado con rápido vuelo, y me sentí bajo el poder de una fuerza implacable que me arrastraba sobre una corriente de aire. La oscuridad volvió á rodearme como antes y permanecí algunos instantes en una noche profunda.

Bien pronto se manifestó ante mis ojos una claridad indistinta y apareció un vasto país, en parte inculto y en parte cultivado. Habia en él, menos bosques y pantanos que en el mundo de la edad de bronce. La continuacion de este relato mostrará, cuanto mas aceptable es para la razon humana la doctrina del progreso que la de la decadencia.

tanos que en la escena precedente. Los hombres estaban cubiertos con pieles de animales y hacian pastar á los ganados en lugares cercados. Aquí unos se ocupaban en recoger la cosecha, allí veíanse los molinos transformar el trigo en harina; mas allá se adivinaba la fabricacion y coccion del pan. Las chozas estaban provistas de todas las comodidades de la vida campestre. Este pueblo se hallaba en el estado de progreso pastoril y agrícola, que los poetas imaginaron como perteneciente á la edad de oro. La misma voz que llamaré del Genio, añadía. «Mira aquellos grupos de hombres que han salido ya del estado de la infancia; deben sus propios adelantos á algunos espíritus elevados que viven entre ellos. Aquel venerable anciano, que observas allá abajo, rodeado de un grupo, les enseña á construir chozas; de aquel otro aprenden la manera de domesticar ciertas razas de animales; otros, les han enseñado tambien á conservar el trigo y sembrarlo como los granos y semillas de otros frutos. Estas artes no se perderán nunca, la generacion siguiente las heredará perfeccionándolas; dentro de un siglo, las casas seran mas espaciosas y cómodas, los rebaños mas numerosos, los dorados surcos mas estensos, los pantanos desecarán y el número de árboles frutales aumentará. Te será dado conocer en otras visiones, la sucesion de las edades, pero como eres transportado por el rio, que desciende del periodo de la crea-

lacion hasta la época actual, detendré únicamente tu paso en los puntos convenientes para que puedas observar los acontecimientos que demuestran las verdades que quiero hacerte conocer y que te enseñarán lo poco que á mí me es permitido comprender en el plan del universo.»

De nuevo la oscuridad se esparció á mi alrededor; la misma corriente me arrastró hasta que una nueva escena parecia estenderse ante mi vista. Describiré esta escena y las que le siguieron y contaré las observaciones con que las acompañó la voz del ser maravilloso que parecia ser mi guia intelectual.

En el cuadro que siguió al del pueblo pastor y agrícola, vi llanuras cultivadas en una vasta estension, importantes ciudades situadas á orillas del mar, adornadas de palacios, plazas y templos; tropas de caballería hacian ejercicios militares; galeras que eran conducidas por remos sobre el Océano, los caminos que cruzaban el pais estaban llenos de viajeros y de vehículos, arrastrados unos por hombres, otros por caballos. El Genio tomando la palabra dijo: «Ya has visto el estado primitivo de la civilizacion humana; las chozas de la raza anterior han llegado á ser habitaciones espaciosas y perfeccionadas, palacios y templos en los cuales la utilidad va unida al ornato. El pequeño número de hombres á quienes se debe este progreso, como dije antes, han visto coro-

nada su memoria con honores divinos. Los útiles de que se sirve esta generacion son solo de cobre. Repara aquellos hombres que hablan á la multitud que les rodea y aquellos otros que la distraen cantando ó recitando ciertos hechos; son los primeros poetas y los mas antiguos oradores; pero todas estas manifestaciones del pensamiento son orales porque el lenguaje escrito no existe aun.»

La escena que vino despues, me mostró á la vez las obras de la imaginacion y las del trabajo material. Un hombre tenia entre las manos los mismos instrumentos que los de la cerrajería del arte moderno; llevaba un vaso, que parecia ser de hierro, en medio de las aclamaciones de una apiñada multitud que se dirigia en procesion triunfal hácia los consagrados altares de Apolo en Delfos. Se veian en el mismo lugar, hombres provistos de rollos de papiro, escribiendo con cañas mojas en una tinta hecha con hollin de leña mezclado con cola. «Contemplo, dijo el Genio, la inmensa transformacion que se ha realizado en la condicion de la sociedad, por las dos artes cuyo origen has visto; una, la de hacer, maleable el hierro, es debida á un solo individuo á un griego desconocido (1); la otra, la de fijar los

(1) El arte de trabajar el hierro parece remontarse al reinado de Minos I, que vivia próximamente á mediados del siglo XV antes de

pensamientos en caracteres escritos, arte que progresó gradualmente teniendo por punto de partida, los geroglíficos que distingues en aquellas pirámides. En adelante la vida humana, te se presentará mas poderosa y mas activa.

Un espectáculo imprevisto sucedió al anterior. Observé que los habitantes habian prescindido de los instrumentos de bronce que habian pertenecido al primer estado social: que el hierro maleable se habia convertido en acero templado y este acero estaba aplicado á los mil usos de la vida civilizada; las tropas se servian de él para las armaduras defensivas y para las armas ofensivas. Aquellos hombres, cubiertos de hierro, aunque en pequeño número, sobrepujaban á milláres de salvajes, y establecian entre ellos, las artes y las instituciones. Un corto número de ellos establecidos en las costas orientales de Europa, resistian á favor del nuevo invento, á las fuerzas reunidas de toda el Asia. Vi una tropa heroica morir en defensa de la patria, vencida por un ejército mil veces mas numeroso, y

Jesucristo. La historia que conserva con tanto cuidado los nombres de los grandes conquistadores, que se han servido del hierro para su ambicion personal, no ha podido conservar el nombre del trabajador que ha legado á la posteridad el arte de fabricar instrumentos con este metal.